



### ***Por qué este libro, por qué “Letras culpables”.***

Verán, cuando era niño y los fines de semana paseaba junto a mis padres, como tantos otros, nunca faltaba acercarnos a algún lugar lleno de libros. La Cuesta de Moyano, la emblemática Casa del Libro de Gran Vía o la misma librería del barrio. Fernando, mi padre, tenía siempre la costumbre de comprarme uno para despertar mi interés por la lectura. Ello me llevó a hacerme un lector voraz.

Recuerdo una obra concreta que aún seguirá por casa, *La habitación de arriba*, de Johanna Reiss, editada en 1987 por la mítica Colección Austral de Espasa Calpe. Contaba de forma novelada la experiencia durante la II Guerra Mundial de su autora. Siendo niña, Johanna Reiss vivió la misma persecución que por ejemplo Ana Frank, escondida en una habitación con el continuo temor a la deportación por ser judía, con la incertidumbre por el destino de sus seres queridos. Johanna consiguió sobrevivir. Como ustedes saben, Ana Frank no. Esta historia en sí, para alguien desconocedor de la Historia con mayúsculas, de lo ocurrido a los judíos y la magnitud de las cifras, muestra cómo se arruina la vida de una niña y su familia, sin alcanzar a entenderse la razón última de todo ello. Aún hoy nos es difícilmente alcanzable, dicho sea de paso.

Transcurridos los años, conociendo desde la Historia los grandes conflictos que asolaron y asolan al mundo, trabajando rodeado de libros en bibliotecas, la narración de Johanna cobró sentido. Es una microhistoria más de una persona corriente, no de un nombre reconocible en las enciclopedias y manuales. La de Johanna es un ejemplo de intrahistoria que, como escribe un autor muy querido en nuestro club de lectura, Sebastian Haffner, nos llega a todos, muestra como desde el poder, donde quiera que esté este, pueden trastocarnos y cambiar nuestro día a día, para mejor o para peor, como les ocurrió a casi todos los personajes de los relatos que presento hoy aquí. Así, *Letras culpables* es un conjunto de microhistorias de personas afectadas en sus vidas de un modo profundo, permanente.

Por ejemplo, sabemos que Stalingrado fue una batalla crucial de la II Guerra Mundial. Un hecho importante. Pero para nuestras microhistorias que una ley prohíba la libertad de expresión, prensa, reunión, culto, etc... o sancione, como ocurrió durante el nazismo, que eras ciudadano de segunda o ni siquiera una persona, afecta a una sociedad completa, a un país entero y a cada uno de sus habitantes. De ello tratan los relatos de *Letras culpables*. Son diez pequeños cuentos sobre personas aplastadas por la macrohistoria. Fábulas ordenadas cronológicamente cuyos argumentos y moralejas escapan de ser simples citas de libros de historia. Les aseguro que no por ello son menos interesantes y curiosas, además de cercanas, no sin cierta inquietud, añadido.

Miren, encontramos en estos relatos desde bibliotecarios -no podía ser de otra forma-, a periodistas, pasantes, ajedrecistas, jugadores de rugby, estudiantes de filosofía, escritores o, como yo, aprendices de escritor, profesores y policías. Víctimas o verdugos. Encontramos también a Adolf Hitler en un relato. Sí, al líder nazi responsable de millones de muertes. Él también tuvo su microhistoria como personaje zarandeado por su actualidad. También es ejemplo refinado de cómo la mediocridad más absoluta (¡y cuánta mediocridad nos rodea!) consigue el más absoluto de los poderes: decidir la vida o muerte de millones de personas de acuerdo a su voluntad y, es evidente, al apoyo de otros tantos millones de personas.

Centrémonos en este relato sobre Hitler, pues realmente lo es sobre su escritor favorito, el autor de aventuras del oeste, Karl May (que no les confunda el género o el nombre, pues era alemán). Es un relato representativo de todos. El pobre May llevará por siempre asociado su nombre al de su lector más famoso, el Führer que todavía en los últimos



momentos del búnker aleccionaba a sus generales con las obras de aquél. En él aparece la escritura, para bien o para mal. La escritura siempre está presente en los relatos, uniendo tiempos y hechos. Veremos obras magistrales, autores inmortales, personajes universales y comunicación fraternal entre seres humanos. Pero también veremos a la escritura válida para plasmar prohibiciones y establecer persecución.

Advertiremos que todos los relatos, que nunca dejan de ser literatura, se enmarcan en la Historia de la Cultura de la primera mitad del siglo pasado. La cultura o la intelectualidad por sí mismas no son remedio de nada, sino que también pueden ser caldo de cultivo de intolerancia y odio. Un caldo este el del odio que, de tanto bullir, acabó saliendo a borbotones en forma de conflictos y persecuciones en aquella época. Las historias que les presento están protagonizadas por personajes comunes, no esperen otra cosa. La cultura no les distingue, no les hace ser mejores o peores. Unos sufren, otros tienen ocasión de comportarse como héroes, algunos, al contrario, como infames. *Letras culpables* muestra cómo se alcanzó esa infamia, pero es precisamente cuando ésta llega a su máxima expresión, pongamos Auschwitz, sinónimo de asesinato a escala industrial, cuando me detengo. Es un punto y seguido, pero a mi entender el escritor, con libertad para escribir sobre lo que quiera, tiene que ser infinitamente preciso con la verdad de Auschwitz. No todo vale al representarla, caer en falsedades, patetismo o morbo. Eso debería estar siempre claro y es lo que me propuse en *Letras culpables*: respeto por la memoria.

Como les comento, en *Letras culpables* la cultura y la escritura son nexo de unión de historias y personajes. Los hechos citados sucedieron, los personajes principales en su mayoría existieron. Las consecuencias para Europa del ascenso del fanatismo político, el nacionalismo y el antisemitismo se pueden otear desde principios del siglo XX, donde se sitúa el primer relato, finalizando quizás tras 1945, año del desenlace de la última historia con la dramática huida a Estados Unidos del escritor Lion Feuchtwanger. Y digo quizás porque a muchos de nosotros nos parece que el fantasma del totalitarismo sigue recorriendo nuestras calles sin pudor ni taparse las vergüenzas. Espectro que conduce al final de su camino, tras acallar a la palabra, al exterminio de los que considera “diferentes”. Diferentes entre comillas. *Letras culpables* son historias sencillas donde algunos reconocerán a los personajes. Muchos de éstos eran de origen judío y acabaron asesinados o, si tuvieron suerte, huyendo. Asesinados por sus obras o a pesar de ellas, de ahí el título del libro.

Finalizo. En la actualidad asistimos a “bibliocaustos”, definición de la revista *Time* en 1933 para las quemaduras públicas de libros en la Alemania nazi. Aniquilaciones deliberadas de la palabra escrita y leída. “Bibliocaustos” que hoy son silenciosos o silenciados. Presenciamos, sin saberlo probablemente, el final de la cultura escrita, sustituida por la precipitación, la manipulación y el mal uso de la tecnología. Apoyado, por supuesto, en nuestra credulidad y, ¿por qué no decirlo?, en cierta vaguería intelectual. Peor todavía, también siguen existiendo “bibliocaustos” literales de libros y bibliotecas, antesalas de la destrucción de seres humanos. Ismael Diadié, bibliotecario responsable de los antiquísimos y ricos manuscritos de Tombuctú, en Mali, escribía en su diario, hace poco más de cinco años cuando el fundamentalismo amenazaba y sigue amenazando a este fondo:

Los peores crímenes contra la Humanidad han sido cometidos por gente que creen tener razón, bajo la mirada de personas que piensan que lo que hacen no es asunto suyo.

Así es. Ello permite que lo que hoy nos parece imposible por inhumano, en un futuro quizás nos sea común. *Letras culpables* habla del “bibliocausto” de libros que precedió al Holocausto de personas. Recuerden al poeta Heinrich Heine en su obra *Almanzor*, allá en el XIX: *Donde se empieza quemando libros, se acaba quemando a seres humanos*. Representativo de lo



que ocurrió en el Holocausto y acertado resumen de estas *Letras culpables*. En estas historias que hoy presento casi todos los personajes fueron llevados a la destrucción o la permitieron gracias a “sus razones”, a mirar hacia otra parte o al egoísmo. Víctimas y verdugos, mujeres y hombres entremezclados como autores, redactores de periódicos o de catálogos de bibliotecas, editores, aprovechados y fanáticos. También aparecen como lectores descarriados o indolentes. Insisto en que todos los hechos narrados ocurrieron, bien pudieron desarrollarse así y de lo que pueden estar seguros son de las funestas consecuencias para todos los implicados.

Muchas gracias.

Javier Fernández  
25-4-18